

APUNTES SOBRE LA RESEÑA EN LA FORMACIÓN DE LA CRÍTICA LITERARIA HISPANOAMERICANA

Alberto Rodríguez Carucci

1

La reseña bibliográfica es, en primera instancia, un *testimonio de lectura* que se manifiesta en la *forma de una escritura ancilar* y debe su existencia —en tanto mensaje— a un texto previo, a partir del cual se justifica como hecho cultural. La reseña es también un *tipo* específico entre las *formaciones discursivas* producidas en el periodismo masivo y en otras publicaciones periódicas de carácter académico. Su función básica consiste en propiciar la relación entre un libro y un público virtual, a través de la información, comentarios, valoraciones y orientaciones elaboradas por el reseñador.

Así mismo, la reseña bibliográfica es, en principio, una operación intelectual que permite la transformación de una lectura individual en una escritura mediadora y de proyección colectiva, capaz de movilizar el circuito editorial constituido por la industria que produce y/u ofrece el libro, autores, lectores, la institución de la lectura, el consumo bibliográfico, información e ideología.

Ese proceso forma también el *círculo literario*, en el cual se organizan determinadas editoriales respecto a comunidades específicas de lectores, mediando entre aquéllas y éstos los periódicos y/o revistas que actúan como enlace reproductivo, contribuyendo así a crear valores, hábitos, necesidades de lectura y unos lectores entrenados que afirmarán la *literatura como institución* social y cultural. Es lo que apunta Lorenzo Gómiz:

Al combinar la noticia de libros con los debates sobre ideas y el juicio sobre el gusto, la crítica periodística en las publicaciones especializadas cumple varias funciones: influye en la literatura que se hace, extiende el número y aviva la atención del

las corrientes, las modas que se extienden rápidamente son una aportación periodística a la literatura como fenómeno social.¹

2

Pero en los nacientes países hispanoamericanos de inicios del siglo XIX no se cumplía cabalmente, todavía, esa complejidad. Sin recursos económicos ni técnicas suficientes para imprimir sus libros, los escritores se veían obligados a utilizar las publicaciones periódicas como únicos medios para divulgar sus textos, sus traducciones y la información sobre letras y otros asuntos culturales que consideraban vigentes. Según Boyd Carter:

Las razones para ello tuvieron que ver con la falta de estabilidad política y económica, las intervenciones de potencias extranjeras, la carestía del papel, la censura —que era más fácil ejercer con los libros— y la predilección de los lectores por los géneros breves.²

En los diarios y primeras revistas se publicaban entonces distintas secciones, que se dedicaban a divulgar diversos géneros y tipos de información, entre ellos *reseñas de libros*. A inicios del XIX la reseña representaba el canal para ejercitar las primeras estrategias informativas y promocionales del libro importado o contrabandeado, presentándose así como una incipiente forma publicitaria en funciones didácticas.

Surgida de la cultura ilustrada, la reseña promovía subliminalmente las ideas del derecho a la información, del deber de adquirir conocimientos para avanzar hacia etapas superiores de libertad y justicia. La reseña sería así una discreta fórmula para la ampliación del público lector, para la fijación de criterios y valores en tanto instrumento promotor de información, de conocimientos y de un mercado bibliográfico.

Era preciso articular los procedimientos adecuados que permitieran difundir con eficiencia las ideas emancipadoras y crear un público preparado y crítico, al mismo tiempo que se producía una literatura que pretendía ser expresión propia e independiente.

1. Lorenzo Gómiz, «Literatura y periodismo», *Boletín informativo. Fundación Juan March*. (Madrid) (132): 3-16, diciembre 1983.
2. Boyd Carter, «Revistas literarias hispanoamericanas del siglo XIX», en Luis Iñigo Madrigal, coord., *Historia de la literatura hispanoamericana II. Del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra, 1987, p. 75.

En el siglo XIX —señala Jean Franco— la literatura se concibió no sólo como instrumento de protesta social, sino también como medio para modelar la conciencia nacional y crear un sentimiento de tradición. De ahí también que el afán del escritor por mostrar la originalidad de su cultura a menudo entrara en conflicto con los modelos europeos que inconscientemente aceptaba. El cambio real en el panorama artístico latinoamericano comienza a realizarse hacia mediados del siglo, con el surgimiento de grupos literarios y la fundación de círculos para promover la publicación de poemas y novelas, ofrecer aliento y crítica, y crear un público —aunque fuera reducido— para el aspirante a escritor.³

La ciudad, la prensa, el libro, el librero, el público, las primeras bibliotecas (de ascendencia colonial), el ciudadano ilustrado y el escritor constituirían entonces el circuito moderno, cuya vitalidad se revelaría en las tertulias y en el periódico para incentivar la producción cultural. En ese contexto, la reseña jugaría un papel importante para la formación de grupos literarios, desde antes de mediar el siglo XIX.

3

Uno de los primeros autores que utilizó la reseña en el sentido descrito fue Andrés Bello, quien publicó numerosas reseñas tanto en *El repertorio americano* como en la prensa de los primeros años de la independencia. En *El repertorio* incluía siempre secciones dedicadas a temas de «Filología, Crítica, Bellas Letras», de «Bibliografía española, antigua y moderna», o de críticas de teatro. Pero si eran amplias esas secciones, más lo fueron los criterios de selección para sus reseñas, dedicadas a libros de filosofía, ética, historia, poesía, narrativa, crítica literaria y traducciones.

Obedeciendo a los principios dominantes de la elite ilustrada que concibió el modelo de los estados nacionales, Bello elaboró ideas y proyectos dentro de los criterios nacionalistas, tanto en sus estudios y reflexiones sobre la lengua castellana en América, como en sus consideraciones literarias. A Bello le estimulaba articular una literatura hispanoamericana según los intereses y concepciones de los sujetos conductores del proyecto independentista, entre los cuales se encontraba él mismo.

Aunque es frecuente la afirmación, y hasta la constatación, de que los líderes de la independencia censuraron y silenciaron la colonia, es posible matizar esos juicios si revisamos las reseñas escritas por el lingüista venezolano, quien —a

3. Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina* [1967], México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 18.

juzgar por esos textos— lejos de simplificar su visión de la historia colonial, nos reveló su complejidad, su heterogeneidad cultural y sus contradicciones, en un esfuerzo conmovedor por preservar la memoria americana, antes escamoteada en buena parte por las prohibiciones españolas.

Tres de sus reseñas pueden servir como ejemplos: *Historia de la conquista de México por un indio mexicano del siglo XVI* (abril 1827), *Noticias secretas de América*, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (enero 1827) e *Historia antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero (oct. 1826). Publicadas todas en *El repertorio americano* [Londres, 1826-1849],⁴ seleccionan textos disidentes ante el régimen español: uno de un indígena censurado, otro de dos funcionarios españoles acusados de difamación contra la corona y, por último, un libro escrito por un jesuita mexicano expulsado a Italia.

Con respecto al texto de Chimalpain, justifica su edición por tratarse de un libro que recupera antiguas tradiciones aborígenes sepultadas por los conquistadores, cuyos contenidos convienen para objetivar la memoria colonial, pues «el público tiene derecho a que se le ponga en posesión de los originales, cuya falta nada puede suplir...» y por «la importancia que tienen estas obras para nosotros como producciones de los primeros tiempos de la literatura americana».

Bello consigna datos del editor, Carlos María Bustamante, del autor indígena, Chimalpain, del cual reivindica la originalidad de su escritura, la riqueza de información que comporta y el estilo, al que hace sin embargo algunos reparos. Confiesa haber leído solamente sesenta y siete capítulos del texto, que según Bello estaba en proceso de edición, lo cual le impide dar datos más precisos sobre el hecho editorial. No obstante, para terminar la reseña dando muestra de las cualidades y sentido del *Manuscrito de Chimalpain*, inserta —a manera de cita ilustrativa— el capítulo 49. Lo que sorprende es que Bello manejara pruebas de imprenta, antes de la publicación del libro, que finalmente no apareció en aquellos años sino muy tardíamente, en 1890.

La reseña de *Noticias secretas de América* (Londres: David Barry Editor, 1826. 2t.) es presentada como una mera información editorial, en la cual integra datos sobre el editor inglés, sobre los autores y sobre la organización de la obra, que elogia por sus cualidades intelectuales, éticas e históricas. Destaca el sentido crítico y su apego a la verdad en favor de América, y reconoce a los autores como «escritores de temple». Llama la atención la declaración de Bello sobre la necesidad de un «artículo más extenso», con lo cual revela su conciencia de los límites de una reseña informativa, un tipo de reseña que cultivó muy poco.

Finalmente, la reseña sobre la *Historia antigua de México* (Londres: R. Ackerman, 1826, 4t.), de Francisco Javier Clavijero, le atrae por la ponderación

4. Andrés Bello, *Obras completas*, tomo III, Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1981.

de sus juicios y discusiones frente a las historias escritas por españoles, a las cuales refuta el mexicano apegándose —según Bello— a la verdad y a la exactitud documental. El reseñador celebra la riqueza de información que contiene el libro respecto a los indígenas prehispánicos del Anahuac y sobre sus logros culturales, describe la organización de la obra y lamenta que sea traducción de la versión en italiano, en lugar del original castellano.

4

Vistas desde nuestro tiempo, las reseñas de Andrés Bello adelantan reflexiones sobre el *corpus* constituido por aquellos textos que fueron objeto de censuras durante la colonia; amplían las ideas sobre la *evaluación y calificación* de los textos, en atención a lo que Bello considera ética y culturalmente más conveniente para la *preservación de la memoria* de la América independiente y para la *conformación de la literatura americana y nacional*, además de distinguir entre dos tipos de reseña: reseña crítica y reseña informativa, cuyas funciones quedan así bien definidas.

Todavía no contamos con una historia escrita sobre la crítica literaria del continente, pero se ha avanzado bastante en la observación y análisis de su proceso. No obstante, la reseña sigue situada, al menos en los círculos académicos, dentro de la clasificación de «género menor» entre los tipos discursivos de la crítica. Quizás convenga revisar las consideraciones de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo al respecto:

La expansión de la prensa, correlativa a la expansión del mercado de consumidores letrados, consolida esta primera figura de la crítica y del crítico profesional, que escribe sus lecturas, en las secciones de libros o en los suplementos literarios para el público. Actividad profesionalizada, la crítica no es todavía en este ciclo en que aparece ligada a la prensa y a las publicaciones periódicas, una disciplina. La familiaridad con el mundo de las artes y las letras, es decir, la sensibilidad del hombre 'cultivado', es el presupuesto que le confiere autoridad a la opinión del crítico. Para que la crítica tome el carácter de una disciplina será necesario que comience el otro ciclo, el ciclo de la crítica universitaria.⁵

5. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura/Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, p. 94.

5

El estudio de la crítica literaria en América Latina, aunque ha tenido en los últimos años adelantos y aportes innegables, dista mucho todavía de haber sido organizado o sistematizado en un balance histórico. Esa carencia ha conducido muchas veces a lecturas de textos del pasado en las que se privilegian criterios, procedimientos y valorizaciones de nuestro tiempo, según los cuales los textos estudiados quedan a menudo separados, más o menos arbitrariamente, de su universo cultural, revelándose así según las perspectivas analíticas particulares del crítico que los manipula. Este tipo de lecturas es más frecuente cuando los textos corresponden a períodos que no legaron registros suficientes, que permitirían revisar cómo fueron abordados en su específica contemporaneidad.

El investigador, por lo general, acude a las historias de la literatura, a estudios monográficos, a la lectura de ensayos, para organizar sus repertorios de análisis. Utiliza las publicaciones editadas en revistas especializadas, o en libros y, en los mejores casos, recurre también a la documentación hemerográfica menuda para indagar entre los periódicos de la época que convoca su interés. No obstante, lo más común es que soslaye los trabajos ‘menores’, como las *reseñas* bibliográficas, recensiones o comentarios de libros, aunque la reseña comporte una perspectiva de lectura capaz de construir matrices de opinión que orientan al público de una determinada manera, hecho nada desdeñable para el investigador.

Si a esto se agregan las sugerencias que derivan de estudios como los realizados por Boyd Carter sobre la importancia de las publicaciones periódicas para la comprensión cabal de las literaturas producidas en el siglo XIX, la reseña puede ser vista entonces como un tipo de material especialmente útil para observar cómo se produjo en aquel tiempo la construcción de las ‘literaturas nacionales’ de las repúblicas hispanoamericanas. ▲